

# LA EXPEDICION MILITAR DEL BACHA YAUDAR A TRAVES DEL SAHARA (\*)

por JOAQUIN PORTILLO TOGORES  
Coronel de Caballería. D. E. M.

## 3.ª PARTE

El Níger, el gran río del Africa occidental, de más de 4.000 kilómetros de curso en la actualidad, se perdía en tiempos remotos en las arenosas hondonadas al Norte de Timbuctú; luego, en épocas posteriores, fueron captadas sus aguas por el cauce de otro río, que es el que sigue ahora. La región fluvial que nos interesa es la que hemos tratado de esquematizar en el croquis número 2, publicado en la segunda parte de este trabajo, definida por Houdas y Delafosse (155), entre otros, como Sudán Nigeriano (156), a los que hemos seguido en la preparación del mencionado gráfico. En él se aprecia cómo el río trae una dirección general SO.-NE. y cambia, primero, en las proximidades de Timbuctú, más pronunciadamente, hacia el Este, para, a la altura de Burem, efectuar una nueva inflexión, más pronunciada que la precedente, en dirección NO.-SE.

Es la región que denominamos del gran recodo del río, para abreviar, y que incluye el eje del antiguo país Songhay, (157), que comenzaba hacia el lago Debo, en plena región lacustre (158) y se extendía hasta la desembocadura del Birnin Kebbi, en Nigeria.

A la altura de Segú, el caudal es de unos 50.000 millones de metros cúbicos, mientras que en Niamey, es solamente de unos 30.000 millones. La causa de este descenso de caudal está indudablemente en las enormes pérdidas ocasionadas por la infiltración, la evaporación y la ausencia de afluentes, en la parte más septentrional de su recorrido.

Entre Timbuctú (159) y Burem, el río concentra sus aguas en un cauce único, de dos a tres kilómetros de anchura, salpicado de islillas e islotes. En sus arenosas orillas crecen matas y arbustos espinosos, entremezclados entre sí; es el ralo y disperso matorral o monte bajo saheliano, llamado pomposamente «bosques» (160) en la *Relación* del anónimo español.

---

(\*) Las dos partes anteriores del trabajo se publicaron en los números 30 y 31 de esta REVISTA.

Las grandes crecidas del río se originan por las grandes precipitaciones en la cuenca de su curso superior, en tierras de Guinea (161).

Desde Kulikoro hasta Ansongo, el río es perfectamente navegable en una longitud de unos 1.400 kilómetros, sobre todo en los periodos de crecida que permiten atravesar más cómodamente los rápidos del congosto de Tosaya. Como el lago Debo actúa naturalmente de regulador en las grandes crecidas (excepción hecha de las modernas obras de canalización e irrigación emprendidas por Francia en la región lacustre, que son verdaderamente grandiosas), la subida de las aguas, a lo largo de su curso se va desfasando progresivamente; aguas arriba de Bamako, el máximo se observa hacia finales de septiembre, mientras que en Timbuctú no se aprecia hasta mediados de enero, y hasta febrero, en Niamey. Como durante la «invernada» —período de lluvias de julio y agosto—, las aguas van bajas y, durante el período seco es cuando las aguas van altas, se produce, aparentemente, este contraste, al no influir las precipitaciones locales en el caudal del río. Las lluvias en Timbuctú oscilan anualmente entre los 50 y los 200 milímetros, en los dos meses citados, y las mismas cifras son aproximadamente las de Gao (162). Las temperaturas máximas en ambas localidades alcanzan ya los 43° centígrados en el mes de mayo, y hasta octubre se suelen alcanzar los 40°. Las mínimas son del orden de unos 24° y el ambiente, aún en este caso, es húmedo y pesado. Es sabido que el alto grado de humedad, además del de la temperatura, influye negativamente en la capacidad fisiológica para soportarla, por lo menos a los organismos no adaptados al clima local, específicamente saheliario, como vemos, no obstante la influencia del Níger y la muy disminuída del régimen monzónico, que provoca la estación lluviosa del verano.

\* \* \*

En la época de la invasión de Yaudar y sus tiradores escogidos, era el imperio Songhay, no sólo el mayor imperio africano, sino uno de los más inmensos que registra la historia de la humanidad. Y es difícil explicarse, aún hoy, como tanto los Sonni, como los Askia, con los medios disponibles entonces, las dificultades de todo orden, provocadas por el clima, las comunicaciones, las distancias, etc., pudieron llegar a constituir, consolidar, organizar y administrar tan extensos territorios, que hoy día están distribuídos al menos entre cinco grandes Estados. Por eso hay que destacar al primer estudioso (163) que ha dado la clave de este aparente enigma. Fue, en efecto, el Níger, como eje de las actividades humanas de todas clases, el que hizo posible el que el paisaje geográfico que recorre lograra su unidad política, beneficiándose de su situación al Sur del Sahara y convirtiéndose en la encrucijada de todas las rutas caravaneras que en el Africa occidental relacionaban los grandes mercados de blancos y negros, entre mediterráneos y nigerianos, entre atlánticos europeos y sudaneses del Songhay...

Fueron, pues, los intercambios comerciales, cuyos incentivos eran superiores a todos los peligros y a todos los obstáculos, los que coadyuvaron imperiosamente al desarrollo del Songhay, aparte los genios militares y políticos que el país, indudablemente, supo seleccionar en los períodos más brillantes de ambas dinastías. Y como soporte de esta inmensa construcción militar, política y comercial, habrá que destacar las cualidades humanas del hombre sudanés del pueblo, sin las cuales no hubiera sido posible levantar y sostener aquella magnífica estructura nigeriana.

\* \* \*

Cuando se analizan los preliminares de la primera batalla campal, que enfrentó de modo decisivo a los tiradores de Yaudar contra las fuerzas reales del Songhay, merece la pena releer los documentos—crónicas y relaciones, especialmente— de que disponemos actualmente, gracias a la tenaz labor de algunos investigadores beneméritos que, con sus ediciones críticas, han puesto a nuestro alcance, de manera tan cómoda y accesible, aun para los iniciados, como es el caso de un aficionado no especialista, como el autor, el fruto de sus perseverantes y minuciosos trabajos. Asombra pensar las grandes dosis de trabajo, paciencia, dominio de muy diversas materias, específicas y tan diversificadas al propio tiempo, aparte las lenguas locales, que han sido precisas para conseguir esos frutos tan logrados en el campo de la historia de Songhay y de sus relaciones con Marruecos. Y aunque no sea más que un pobre testimonio de reconocimiento el nuestro, sería ingratitud manifiesta y petulante no dejar constancia de ello.

Pero el análisis de los documentos y el estudio de las obras más modernas que tratan acerca de los acontecimientos a los que se refiere el presente estudio, dejan aún pendientes de esclarecimiento muchas lagunas, vacíos, enigmas y misterios que no ha sido posible todavía desvelar. Por ello falta, en el momento actual, un trabajo completo y detallado de la campaña del Sudán en todos sus aspectos, que permita desembocar en conclusiones definitivas. Ningún posible lector, esperará, creemos, que el autor se proponga conseguir semejante resultado definitivo, aunque sí aportar una puesta al día suficiente sobre el estado de los problemas e interrogantes pendientes, y sobre todo, suscitar y estimular nuevas y más completas aproximaciones entre los compañeros a quienes va dirigido.

Y para entrar en situación y continuar la ila de los acontecimientos, recordemos cómo explica la T. F. las reacciones de las personalidades de la corte del Askia ante la invasión de Yaudar y sus tiradores.

\* \* \*

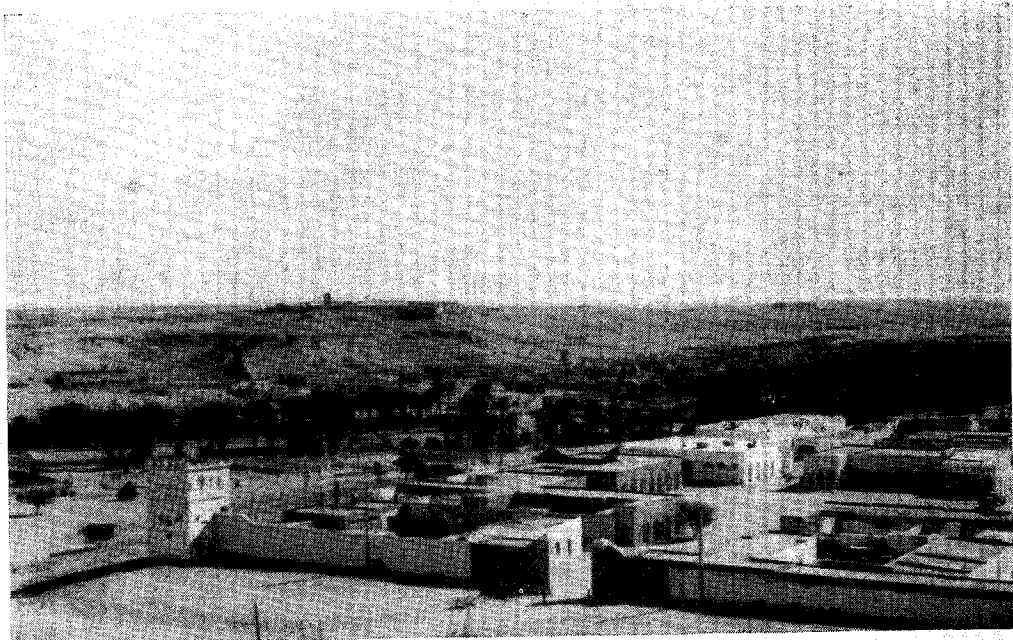
«El día en que el Askia decidió marchar al encuentro de Yaudar y dar la batalla a sus fuerzas, había reunido a los ancianos de Gao, a los oficiales de su ejército, al *cadi* [que era al mismo tiempo *jatib*]

y a sus principales consejeros, pidiéndoles que expusiesen su opinión acerca de la conducta a seguir. Entre los reunidos estaba el ulema de Timbuctú. El balama Mohamed Gao (164) le aconsejó de la forma siguiente: «Mi opinión personal, dijo, es que me des un destacamento de cien jinetes y cien esclavos, con el que marcharé aguas arriba del país, cegando los pozos que jalonan el camino que tiene que seguir el enemigo; una vez que yo regrese, marcharemos contra él. De este modo te enfrentarás con hombres sedientos y extenuados, a los que no tendremos dificultad en exterminar. Esta es mi opinión». Parte de los asistentes la aceptaron, mientras que los demás la rechazaron, posición que adoptaron respecto a las restantes opiniones.

«Al llegar a este punto, el ulema de Timbuctú, interviniendo, dijo: «Tengo algo mejor que proponer y que me parece preferible: se trata de que ordenes la evacuación total de la población, con todos sus bienes, al otro lado del río. Cuando se presente el enemigo, actuarás de acuerdo con tu propia experiencia. Si consigues la victoria, no te quedará más que dar gracias a Dios; si resultas derrotado, emprenderás la retirada hacia el Oeste, para reunir a todos los hombres a tus órdenes en esa región, que son más de cien mil; entonces podrás enfrentarte fácilmente al enemigo, porque tanto tu familia como tus hijos y tus bienes, estarán a salvo en la otra orilla y contarás con la esperanza de que Dios te conceda la victoria sobre tus enemigos».

«Estaba el príncipe a punto de seguir este consejo, cuando se levantó el *sao-farma* (165) y dijo: «¡Que Dios te ampare! ¡Los jurisconsultos no saben de cuestiones guerreras, no saben más que leer y escribir! ¿Cómo se podrían evacuar personas y bienes de Gao, dada la cantidad tan grande de población? ¿Dónde encontrar las piraguas necesarias para transportarlos a la otra orilla? ¡Serían necesarios tres meses, por lo menos!» El *goima-koi* (166) Daud ben Isaac, se levantó entonces y contestó: «¿Cómo?, ¡pero si la evacuación total se puede hacer en tres días, sin la menor duda, con las embarcaciones [llamadas] *kanta* (167), que tengo a mi cargo por cuenta del askia, y que son embarcaciones de viaje y de transporte! Cuatrocientas *kanta* son suficientes para transportar toda la casa del askia, su equipaje, sus mujeres, sus géneros comerciales y sus tesoros, en tres días. Además de las *kanta*, entre Goima y Gadai tenemos grandes piraguas, mil embarcaciones del askia, sin contar con las de los comerciantes, con las de las hijas del askia y las de los vecinos de la ciudad. Por último, las piraguas pequeñas que están en la misma capital son unas seiscientas o setecientas. Seguramente que ninguna de las opiniones expuestas es más acertada que la de este jurisconsulto, no la rechacéis».

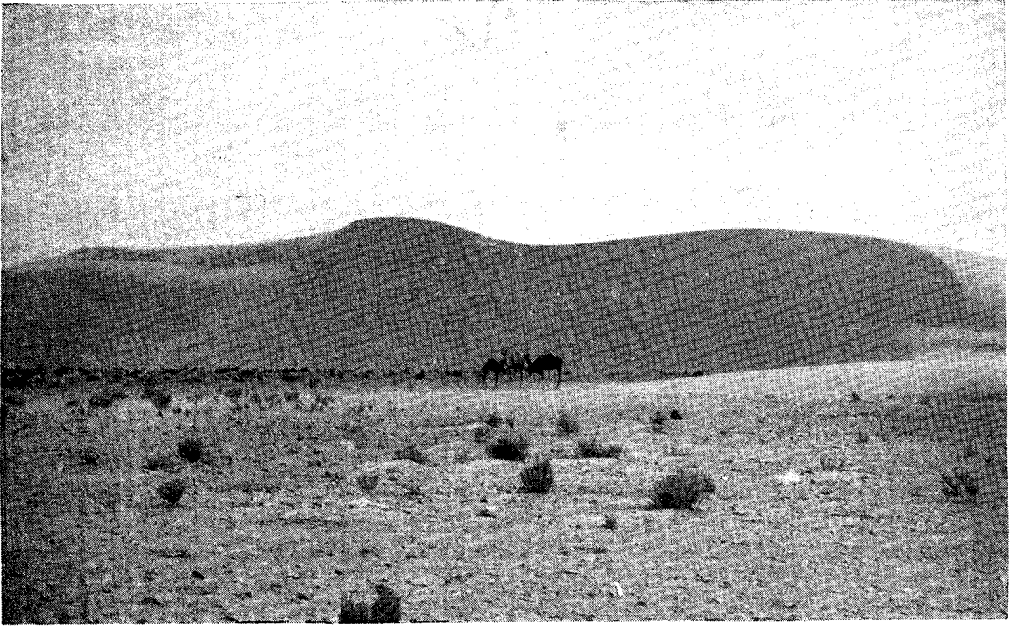
«Por su parte, el jurisconsulto agregó: «Si rechazáis esta opinión, llegará el nefasto día en que veréis a una mujer, llevando de la mano a su hijo con una gamella llena de oro en la otra, pidiendo que la trasladen a la otra orilla con su hijo, a cambio del oro que ofrezca, y no encontrará a nadie que la lleve». Predicción que el



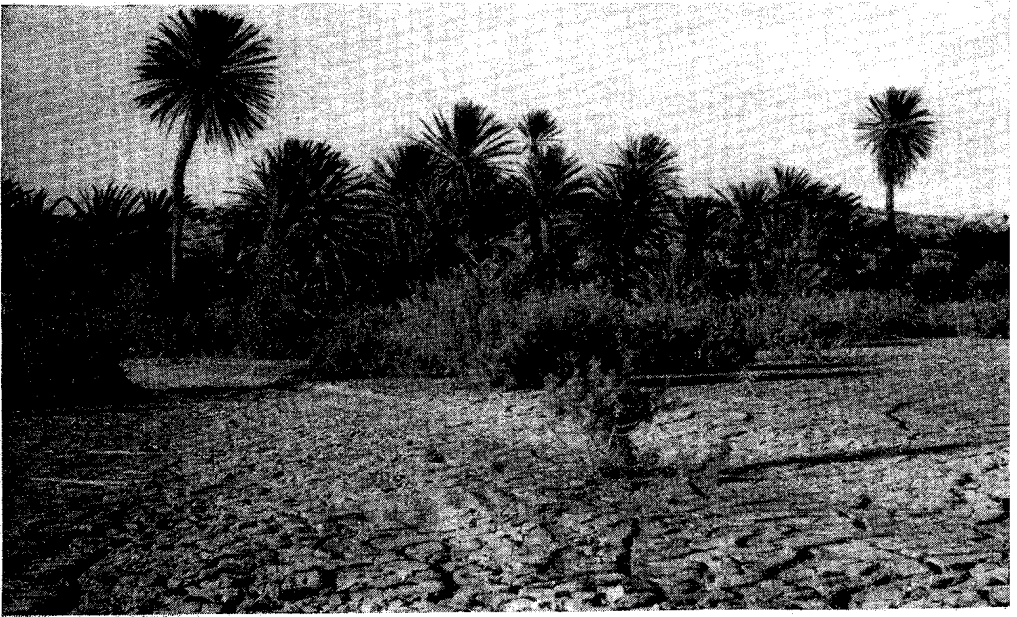
*Tindut.*



*El Niger. (Foto original de la agencia VU/W. Klein con autorización de Selecciones del Reader's Digest.*



*Dunas saharianas.* (Cortesía de F. Lamarque.)



*Oasis sahariano.* (Cortesía de A. Perras.)

autor de la T. F. afirma que se cumplió punto por punto después de la batalla.

«He leído —continúa la T. F.— ...que la batalla entre el askia Isaac y las fuerzas de Marraquech (168) tuvo lugar en Sonkia, a la vista de Tondibi (169), en la mañana del martes 16 de yumada I del año 999 [12 de marzo de 1591]...» (170).

Hasta aquí lo fundamental para nosotros; el relato de Mahamud Kâti y sus continuadores sigue tratando de justificar la ruina del Songhay a consecuencia de la batalla, atribuyéndola a castigo de Dios por haber quebrantado sus leyes, cometiendo graves pecados y crímenes, tanto la nobleza como el pueblo en general y los esclavos. Todos habían olvidado que «somos de Dios y a El hemos de volver».

Por su parte, la «Relación» (171) explica la reanudación de la marcha de los invasores por la orilla izquierda del río, en su marcha hacia Gao; y agrega: «Hay en el dicho río algunas islas que están habitadas por negros. Hizieron los soldados de Jaudar unas barcas con odres y otras cosas, y passaron á una dellas ocho arcabuzeros, mas luego los negros se huyeron a otras islas en las barquillas que tenían. Hallaron allí mucho arroz, manteca y otras semillas, y algunas diferentes de las de Berberia, las quales son su mantenimiento ordinario; truxéronlo todo para provisión del Campo. Hallaron asimismo algunos quártagos pequeños.» Y continúa: «De allí fue marchando el ejército por la orilla del mismo río la vuelta de Gao...» «... y sabiendo Jaudar por los espías que tenía, que el Rey negro estaba aparejado para pelear, le envió un recaudo pidiéndole que no fuese causa de la muerte de tanta gente, sino que hiziese de grado lo que había de hazer por fuerza, que era sujetarse al Rey Muley Hamete, porque era jarife, descendiente de su profeta a quien le tocaba legitimamente el señorío de todos los moros; que haziéndolo assi, le prometía de parte del Rey muchas honras y mercedes. El negro no lo quiso hazer, porque todos los suyos le deczian que esto hazia el alcayde de miedo y viéndose ya perdido, por estar metido tan adelante con tan poca gente.» El establecimiento del contacto, por la vista, lo relata a continuación la *Relación* de la siguiente manera:

«El día siguiente de esto, llegaron a vista de donde tenía el campo el Rey negro, el cual sería de más de 80 mill hombres, los ocho mill dellos de a caballo, aunque los caballos son pequeños. Traen algunos dellos lanças, aunque pocas, por la falta que hay dellas; los demás traen unos dardillos que arrojan a los enemigos. La gente de a pié son todos flecheros.» «Determinó Jaudar de darles la batalla al otro día; habló aquella noche a su gente animándolos a élla; prometiéndoles el saco de Gago y asimismo les dio 24 mill onças suyas, porque fuesen de mejor gana. Repartió toda la gente en seis escuadrones; tomó por espaldas el mismo río, porque los enemigos no le pudiesen rodear; puso en el avanguardia los renegados a mano derecha y a los andaluces á la izquierda; en la retaguarda, mucha parte de la caballería por guarda de las municiones, y con la demás gente estaba

en medio». «Esta manera marchó házia los enemigos, que no rehusaron la batalla, antes los reçibieron animosamente...»

\* \* \*

Aunque la fecha exacta de la batalla de Sonkia o de Tondibi, no ha podido aún establecerse, puede fijarse entre el 12 y el 14 de marzo de 1591, según el detenido análisis del eminente Profesor Th. Monod.

Su localización, en las cercanías de los dos lugares citados, no ofrece dudas, aunque desconozcamos de manera concreta el detalle del despliegue sobre el terreno (172), de los adversarios. En cualquier caso, es en la zona de la colina de Tondidi, que domina el valle y los amplios espacios circundantes, donde se desarrolló la tragedia, escenario constituido por suelos desnudados, de tonos rojizos y oscuros, a causa de la naturaleza de los materiales que lo integran, laterita (173) especialmente. Panorama ciertamente desolador, que sólo dulcifica la corriente fluvial y el ralo matorral espinoso de la orilla.

En este paisaje, en la mañana de un día de la primavera saheliana, con el río a la espalda (174), desplegó Yaudar su menguada hueste de expertos tiradores, curtidos en anteriores empresas bélicas, tanto mediterráneas como atlánticas, en su mayor parte, y endurecidos, todos, después de la penosa travesía del Sahara. ¿Qué pensamientos serían los de aquellos probados y sufridos soldados, al enfrentarse con un adversario, tan numeroso, tan diferente, tan ruidoso, tan enigmático, comparado con los de sus anteriores experiencias africanas? Seguramente pensarían que si lograban la comprometida victoria a la que se les había animado tan generosamente, la ocupación de Gao, cuyo camino se les mostraría, entonces, abierto a su paso sin más obstáculos, les compensaría, con el saqueo, de todas las pruebas, de todos los peligros, de todas las miserias pasadas. La terrible aventura de aquel puñado de audaces supervivientes, prometía resolverse en un final feliz, después de batir a aquel enemigo que se mostraba lleno de coraje, masivo, exaltado hasta el paroxismo por magos y hechiceros, y el retumbante sonar de sus grandes y numerosos tantames. Pero antes era indispensable conseguir una problemática y decisiva victoria. En último extremo, la posible muerte sería la definitiva liberación de los sufrimientos, de las privaciones, de los riesgos, de las penalidades, de tan ardua empresa. Ni a Yaudar ni a sus hombres se les podría escapar el presentimiento de que, en el caso de que la suerte les fuera adversa y sobrevivieran a la derrota, su única retirada sería en dirección a las ocres aguas del Níger, todavía en período de crecida, como sabemos, bastante arremolinadas, a la desembocadura de los rápidos de Tosaya (175). Un final, en cierto modo paradójico, después de la sed y el calor agotadores sufridos en los últimos meses, que haría asomar un rictus de escepticismo fatalista en los semblantes de aquellos duros y bravos invasores de un país desconocido y lleno de contrastes y sorpresas, tan



alejado de sus tierras magrebíes, tanto si lo fueran de adopción, como de naturaleza.

Los datos que poseemos acerca de los efectivos reunidos para la batalla, por el askia, son muy variados. Los de origen marroquí (176) son, naturalmente, los más exagerados; los sudaneses (177), menos numerosos, son, sin embargo, muy importantes para la ocasión. Los europeos (178), están más cerca de los marroquíes, lo cual se presta, sin duda, a ciertas especulaciones, en las que no queremos entrar, por el momento. Parece que una cifra comprendida entre los 30 y los 40.000 combatientes, de ellos, unos diez o doce mil jinetes, es la más generalmente aceptada. Hay que señalar que aunque la *Relación española* apunta cierto matiz despectivo acerca de la clase del ganado hípico sudanés —«quártagos pequeños» lo llama— se trata de un caballo, cerca de tierra, ciertamente, pero muy adaptado al clima y al terreno y cuidado con las mayores preocupaciones, en todos los aspectos; por su parte, los songoy eran y son consumados jinetes, muy entendidos en la recría y doma de sus «caballitos».

La proporción, pues, entre los invasores y los invadidos, era de uno a diez, o a doce, aproximadamente.

Siguiendo el criterio de Beraud-Villars (179), «...seguramente siguiendo la táctica de la época, los tiradores de Yaudar formarían en tres filas: la primera, con espada y daga; la segunda, con pica y, la tercera, con arcabuz». «En frente, el ejército songhay... en vanguardia, los soldados regulares del Príncipe, los sonnás.» Que, como sabemos, se distinguían por llevar un brazalet de oro, y que cuando la suerte de la batalla no les era favorable, defendían el terreno que ocupaban, trabándose y arrodillándose sobre sus escudos. El número de estos soldados selectos puede establecerse en el de unos 8.000, según algunos autores, los que desplegaron a vanguardia del ejército del askia. «Estos, al tiempo de pelear, doblan la una pierna, y echándola por encima de la rodilla, como se hace en Berberia a los camellos para que no se huyan, hincan aquélla en tierra y desde allí tiran sus flechas a los enemigos. Hazen esto, porque viendo los otros a éstos estar firmes, peleen con más ánimo y no se huyan...»

La batalla se inició por parte songoy, lanzando por delante algunos manadas de cebúes —el característico ganado bovino saheliano— empujados y azuzados contra el cuadro (180) de las fuerzas de Yaudar, con el fin de romperlo y sembrar el desorden y la confusión entre las sorprendidas filas del adversario. Un viejo ardid de guerra, varias veces repetido a lo largo de la Historia, tanto con elefantes como con toros, predecesores de los carros de asalto, de campañas más modernas.

Por parte de Yaudar es probable que se iniciase la batalla disparando cañonazos (181) y arcabuzazos al mismo tiempo, para aumentar así, no tanto los efectos útiles del fuego de los cañoncitos y de los arcabuces, sino los psicológicos y morales. Del empleo de la modesta artillería de los invasores, tenemos algunas referencias en los relatos

que nos han llegado, y hay que suponer que desplegaría a vanguardia, para entrar en posición al principio de la batalla, aun cuando luego fuera rebasada, más o menos totalmente, en el transcurso de las incidencias de la acción, lo mismo por unos que por otros. En la «Carta de Al Mansur» (182), dejando de lado el grandilocuente lenguaje de la época y las evidentes exageraciones del Sultán, se dice: «Se empeña el combate, suenan los cañonazos atronando el espacio y haciendo retemblar la tierra hasta el horizonte; pero los malditos negros permanecen inquebrantables como las montañas, aguantan duramente, despreciando tanto las puntas de las lanzas como los cortes de los sables...» Y, el «Documento Brussonet» (183), afirma asimismo: «Cuando los dos ejércitos se encontraron y la artillería empezó a disparar...»

La estrategia del lanzamiento de las oleadas de cebúes —seguidas, a su amparo, por las primeras masas de los infantes regulares del askia— no resultó eficaz para hundir el frente de ataque enemigo, y aunque los testimonios de la época se dividen, en general, en dos opiniones diferentes, parece posible conciliarlos simultaneándolos. Para unos, la reacción de los animales lanzados contra las filas de Yaudar, fue la de volver alocadamente grupas, al oír el estruendo del fuego de las armas, acometiendo velozmente las mismas filas de los que los habían azuzado; para otros, fue el propio Yaudar quien advirtiendo el peligro repentino que se le presentaba, reaccionó serenamente, de modo instantáneo, mandando abrir intervalos entre los escuadrones para canalizar la estampida del ganado que amenazaba arrollarles. Hay que admitir que se produjeran al mismo tiempo ambas reacciones por parte de unos y otros: de los atacados por el ganado y de los que lo rechazaron y le dieron paso libre, disparando y abriéndole paso, al mismo tiempo.

\* \* \*

¿Qué sabemos de las posibilidades y de la actuación de la artillería de Yaudar en esta batalla? Bien poco por cierto, aunque alguna de las crónicas, años después, citen ocasionalmente los «cañones de Yaudar». Las «Relaciones» (184) detallan, la primera, que se componía de «seis trabucos y algunos tiros pequeños que van dos en un camello»; la segunda, que se componía de «cuatro esmeriles y diez morteretes para tirar balas de piedra a las ciudades».

Dentro de la imprecisión de la nomenclatura artillera de la época, de la diversidad y variedad de piezas, calibres y municiones, resulta muy arriesgado tratar de identificar y valorar la artillería de los Armas que, no obstante, ensayaremos, aceptando de antemano el peligro cierto de resultar desacertados.

Los trabucos, con arreglo a la clasificación más generalizada, se integran dentro de la llamada artillería «corta» —el cuarto de los grupos de Ufano— (185), pudiendo disparar algunos de los diferentes tipos de proyectiles de la época, como por ejemplo, los huecos, rellenos,

bien con pólvora, bien con guijarros o con balas artificiales. Su peso podía alcanzar hasta 18 libras y, la longitud del tubo hasta 5 diámetro.

Los morteretes eran de un peso comprendido entre las 7 y las 40 libras, con longitud de 2,5 diámetros.

Según otros autores, los trabucos podían disparar «bombas» de hasta 18 libras...

Trabucos y morteretes integraban parcialmente la artillería «corta». Los esmeriles podían disparar balas de hasta 15 libras.

Estas piezas son consideradas, en cierta manera, como las precursoras de lo que, más adelante, se denominó artillería de campaña y se clasificaban, entonces, entre lo que se llamaba artillería «menuda», incluyéndose dentro del primer grupo de la clasificación de Ufano (185).

Los cañones podían ser de hierro forjado, de bronce fundido y de hierro colado. Todos eran de avancarga, pudiendo disparar, además, según las circunstancias y las disponibilidades, «pelotas» de piedra, «bolaños» o «bodoques» que, por este orden, significaban un progreso tecnológico.

Las piezas eran todas de ánima lisa, y su velocidad de fuego muy variable, oscilando, en términos generales, entre los cuatro disparos por hora, en las piezas más ligeras, hasta, un disparo por hora, en las más pesadas.

Podemos equiparar, aventurando una opinión personal, los «tiros pequeños» o «morteretes» «que iban dos en un camello», a lo que más adelante se denominó artillería de montaña o, quizá mejor, artillería a lomo.

La indicación de la «Relación»: «para tirar balas de piedra a las ciudades», promueve nuestra iniciativa de intentar algún esclarecimiento.

Nadie podrá pensar que tan modestas piezas que habían sido transportadas a lomo de dromedarios a través del Gran Desierto (no podemos pensar en la utilización de ningún tipo de enganches, ni de carruajes), por el hecho de afirmarse de que se llevaban en previsión de tirar sobre ciudades, fuera una auténtica «artillería de sitio» que hubiera exigido el empleo de muchos «pares» de ganado adecuado y especializado para su arrastre. Tampoco, el tipo de construcción de las edificaciones de las ciudades sudanesas —de barro endurecido al sol, en su mayor parte, mezclado con yerbas o paja, adobes, algunos otros materiales propios del país como ramas secas de arbustos y sombrajos o techumbres de las especies arbóreas más comunes— hubieran justificado el empleo de auténtica artillería «pesada» o «de sitio», eficaz para el asedio de cualquier ciudad amurallada europea de entonces. Cuando en el Sudán se hace referencia —muy excepcionalmente, por supuesto— a una ciudad amurallada, como singularidad muy destacable, hay que reconocer que, cuando no se trata de una sencilla empalizada, se trata de un tapial de adobes o barro endureci-

do, pudiendo admitirse tramos parciales de piedra seca, en el peor de los casos previsibles.

La intervención de la artillería en la batalla, hay que admitirla, pues, como una acción preliminar de efecuar alguna salva, de modo preferente, incluso de manera simultánea con las primeras salvas de la arcabucería, para aumentar el estruendo, el fragor, el humo y la sorpresa sobre un ejército que desconocía prácticamente el empleo de las armas de fuego y sus efectos. Luego, durante el transcurso de la lucha, es posible admitir la intervención circunstancial de la mayor parte de las piezas, sobre todo, de las más ligeras y transportables; en total, algo más de una docena, como sabemos.

Teniendo en cuenta que la batalla duró unas dos horas (187), el número total de disparos podría haber alcanzado, como máximo, el de unos ochenta. En cuanto a sus efectos sobre los songay, hay que suponer que serían mucho mayores los psíquicos y morales que los físicos, a causa de las características precedentemente apuntadas: el ruido, el humo, el rebufo, el olor de la pólvora y la sorpresa indudable producida por semejantes «armas infernales». Es comprensible, fácilmente, el estupor, primero, que se apoderó de los combatientes del askia, y el pánico, después, el sumarse la acción de los arcabuceros, disparando sus armas más rápidamente aún que las piezas y mucho más numerosas.

Pero este aspecto de la lucha merece un estudio aparte, por ligero que se intente.

\* \* \*

Cuando las abigarradas y hululantes masas de los combatientes songay avanzaban como una inmensa marea negra, amparadas tras las oleadas de los despavoridos cebúes, amenazando sumergir el minúsculo cuadro de los invasores de Yaudar, se dejaron sentir por primera vez en la historia de las luchas armadas de esta región africana, las salvas de piezas y arcabuces, nunca escuchadas en la desnudez de las planicies próximas el Níger, escenario de la batalla. Animados por magos y hechiceros, que acompañaban a los combatientes tan diestros en el lanzamiento de sus flechas envenenadas, un gran vocerío se levantaba, al tiempo de las danzas rituales y mágicas, las contorsiones rítmicas de los negros sometidos a la brutal tensión de la lucha, aumentada hasta límites inconcebibles, por el frenesí de los atabaleros golpeando sus tantames, soplando los músicos sus primitivos instrumentos, hasta conseguir el siniestro estruendo característico de las contiendas tribales de los negros africanos; todo contribuía a componer un cuadro apocalíptico y sombrío, digno de una descripción de algún clásico de la antigüedad.

El olor de la pólvora, el estruendo de los disparos de las armas de fuego, el rebufo de los cañonazos, el humo de las detonaciones —tanta nueva primicia sorprendente y excitante—, algunos heridos que caían derribados al suelo, aquí y allá, retorciéndose en la tierra de nadie,

dejada libre el replegarse, luego de la vacilación inicial, las primeras oleadas de los atacantes negros, entremezclados con los alocados cebúes que, sorprendidos por el fragor de los cañonazos y los disparos de la arcabucería, no tardaron en volver grupas, huyendo en terrible confusión bestias y combatientes, atropellando aquéllas a sus propios dueños, quienes luego de este primer enfrentamiento con los invasores Armas, perdida la débil cohesión de las fuerzas auxiliares y de los irregulares, no tardaron en dispersarse en dirección general hacia Levante.

Fue entonces cuando la brillante y esforzada caballería songay se dispuso a intervenir en la batalla, intentando lanzarse a sus características cargas contra aquel sorprendente enemigo que disparaba sus armas de fuego, aguantando a pie firme sobre el propio terreno las embestidas de las oleadas de negros, que se renovaban luego de la defección de los que primeramente se habían lanzado al asalto de aquella sólida tropa que aguantaba los ataques de los hasta ahora ardientes combatientes africanos, adornados de innegables virtudes guerreras, puestas de relieve en tantas ocasiones precedentes.

Pero las repetidas y desordenadas cargas de la caballería songay contra el cuadro defensivo de los Armas, se deshacían antes de alcanzar su objetivo. Como ocurriera anteriormente, cuando la infantería irregular, los auxiliares y los cebúes se lanzaron al ataque contra el bloque cerrado de los Armas de Yaudar, que pronto se deshicieron, replegándose entremezclados bestias y hombres, mientras que unos y otros, a veces, caían súbitamente derribados por unos golpes misteriosos e invisibles, sin explicación aparente alguna, salvo si la causa provenía de aquel fuego infernal que perseguía también a los que se replegaban... Fue ahora la caballería la víctima propiciatoria de los disparos de las armas de fuego que, al sorprender a los caballos aturdidos por el fragor y el estruendo, el humo y el olor de las detonaciones, volvían rápidamente grupas, lanzando a tierra a sus asombrados jinetes, cuando el tornillazo de su montura les sorprendía o eran incapaces de hacerse con sus desbocadas cabalgaduras, las que, libres del peso, emprendían veloces galopes hacia sus lugares de partida, saltando ágilmente por encima de los obstáculos de todas clases diseminados por el campo de la acción.

Aquel puñado de hombres que se sostenía a pesar de la gran superioridad numérica, todavía, de sus atacantes negros, incapaces de hundir aquella inesperada resistencia, soportaba con estoica actitud, estrechamente unidos, codo con codo, fieros y sombríos, aquellas oscuras avalanchas de los bravos jinetes medievales, que, protegidos por sus «corazas» acolchadas, cuando no, por sus cotas de malla, comprobaban tan sangrientamente la fragilidad de su protección ante el fuego de los invasores. El gran número de caballos que habían conseguido desembarazarse de sus jinetes, galopaban desbocados contribuyendo a sembrar el desorden y la confusión en todas direcciones, aun en aquellas en las que no se alcanzaba a oír claramente el eco de las detonaciones.

Solamente los infantes selectos, sobreponiéndose al pánico y a la huida generalizada de la mayoría de las fuerzas songay, tuvieron arrestos para sobreponerse a la hecatombe y atacar decididamente por el flanco derecho a las fuerzas de Yaudar, que se vieron en difícil situación al sentirse atravesadas, por un momento, por el enemigo que les arrebató un estandarte.

Se trataba del ala de los Renegados (188), mandada, como sabemos, por Ba Hasen Friro (189). «Viendo esto Azan Ferrer, un renegado griego que es cahaya (190) de alcaide dellos, acometió a los que la llevaban, juntamente con un xpiano, de manera que la volvieron a cobrar». Una desesperada reacción que logró el éxito local que, pronto habría de convertirse en general.

En efecto, al fracasar este último y desesperado intento de los valerosos y arrojados infantes selectos, se dispusieron sobre el campo en su conocida formación de máximo sacrificio, cuando todo estaba casi perdido. Arrodillados y apoyados sobre sus escudos, después de trabados por sí mismos, esperaron sobre el propio terreno, resistiendo hasta el final, para ofrendar el definitivo sacrificio.

Cuando mayor era la confusión y el desconcierto en las filas songay, después de la desbandada general y el fracaso de la caballería y la de los infantes selectos, salieron los espahis (191) de Yaudar, por retaguardia, desde los ángulos posteriores del cuadro de los Armas, lanzándose a la carga en un doble movimiento envolvente, con la clara intención de acelerar el final de las esporádicas resistencias que, aquí y allá, trataban ocasionalmente de organizarse.

Por su parte, el askia, al darse cuenta de la marcha de los acontecimientos, en los momentos en que la lucha era aún indecisa, trató de arrojarle en medio de aquélla con la valerosa intención de decidir la batalla, arrastrando con su ejemplo a los desanimados o indecisos, o la de morir, en otro caso, con las armas en la mano, en defensa de su pueblo. Pero la enérgica y decidida intervención en estos momentos cruciales de algunos de los más significados personajes de su séquito (192), consiguieron, al fin, disuadirle: primeramente de su heroico propósito, y después, arrastrarle fuera del campo de batalla, haciéndole huir, con lo que se acabaron de derrumbar la mayor parte de los últimos núcleos de resistencia songhay, uniéndose la generalidad de los supervivientes a la desbandada general que hicieron inevitable la derrota, a pesar del sacrificio de los infantes selectos.

Únicamente el heroico cuadro de éstos se mantenía firme en su posición. Cuando los Armas se aproximaron a ellos, comprobaron con asombro que les esperaban en aquella posición aquellos atletas negros, luciendo orgullosamente sus codiciados brazaletes de oro puro. «Ninguno de ellos se movió; permanecieron arrodillados, protegidos por sus adargas y en esta posición los encontraron los compañeros de Yaudar, que los mataron a todos, hasta el último hombre» (193). «Cuando el ejército fue derrotado, pusieron sus adargas en el suelo y se arrodillaron sobre ellas, como si fueran asientos, esperando la llegada de las fuerzas de Yaudar, que los mataron en masa



*Plaga de langosta.* (Cortesía de foto A. Porras.)



*Camellos abrezando.* (Cortesía de F. Lamarque.)



*Pozo sahariano.* En las montañas circundantes contrasta la negrura ferruginosa con la blanca arena arrastrada por el alisio y deslumbrante sol. (Foto gentilmente facilitada por el Servicio Fotográfico del Ministerio de Obras Públicas.)



en esta posición, sin que hicieran resistencia, adoptando esta actitud porque no debían huir, en absoluto, en caso de derrota. Los soldados de Yaudar les arrancaron los brazaletes de oro del brazo» (194). Por su parte, Al Ufrani (195) describe más concretamente: «Yaudar y sus soldados sablearon sin piedad a los negros, a pesar de que les gritaban: «¡Somos musulmanes! ¡Somos hermanos vuestros en religión!»

\* \* \*

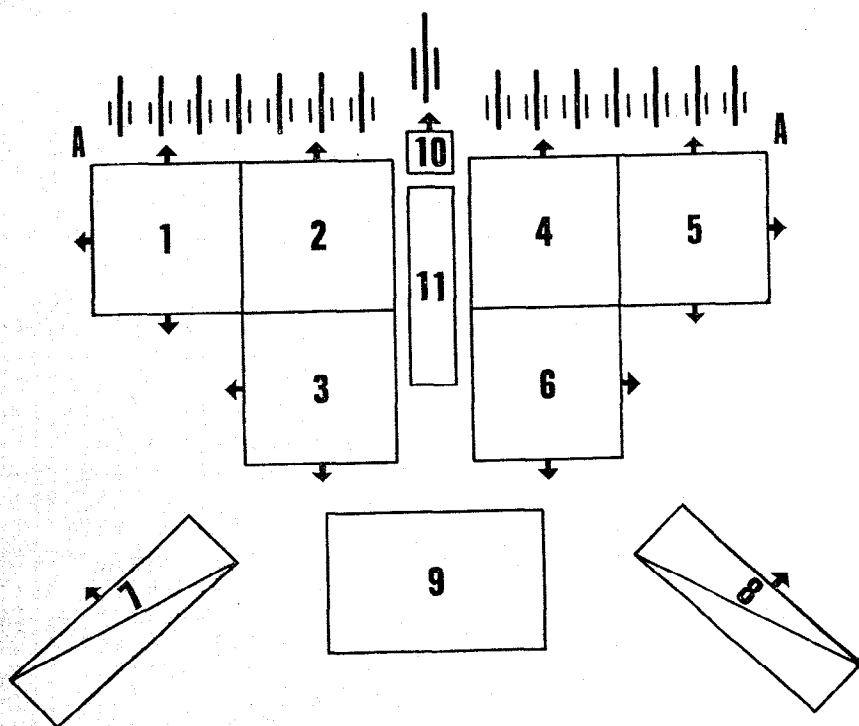
La tendencia a simplificar, a llegar a conclusiones absolutas, ha llevado a afirmar, de manera muy generalizada, que la victoria de Yaudar y los suyos fue clara consecuencia del empleo de las armas de fuego. Y aunque pueda parecer sorprendente que pretendamos discutir una evidencia, que decidió la batalla de Sonkia —o de Tondibi—, como indudablemente lo fue, primordialmente, a causa del empleo, por primera vez de las armas de fuego por parte de los invasores, no parece superfluo que de manera semejante a como hemos pretendido antes establecer las características de «los cañones de Yaudar», intentemos ahora establecer las características de su arcabucería, tanto a pie como a caballo, para tratar de ajustar, en cuanto sea posible, el alcance de la intervención de tales armas, en la suerte definitiva de la comprometida batalla.

Creemos disponer de suficientes datos para intentarlo, teniendo en cuenta los testimonios y relatos que sobre las batallas y la arcabucería de la época nos han llegado, aunque se trate del escenario europeo preferentemente, que intentaremos también adaptar a las singularidades del escenario africano nigeriano, salvando diferencias y matices que están claramente puestos de relieve.

Sabemos, sin lugar a dudas, que la generalización del empleo de los arcabuces en los ejércitos europeos a finales del siglo xv y principios del xvi, no consiguió desplazar el uso de las armas anteriores, entre ellas la ballesta y la pica.

Eran los piqueros los que constituían el núcleo más importante, como ocurría en la organización de los «tercios» españoles. Los arcabuceros, en las mismas unidades, constituían un sexto del total.

Lo que nos sorprende, pues, en una primera comparación entre las citadas fuerzas europeas y el cuerpo expedicionario de los Armas, es la fuerte proporción de arcabuceros: para un total de unos 5.600 hombres, como sabemos, incluyendo gastadores y camelleros conductores (que era la composición, según la primera «Relación» del anónimo español, al emprender la expedición al Sudán), se disponía de 2.500 arcabuceros, y si deducimos el personal no específicamente combatiente, el número total de combatientes puros de todas clases se reducía a 4.000 hombres, de los cuáles, 2.500 arcabuceros, como hemos dicho. Es decir, que la proporción relativa entre los combatientes de una y otra naturaleza era mayor que la mitad, aproximadamente, de unos y otros.



*Batalla de Sonkia o de Tondibi (12-14|III|1591)*  
Esquema aproximado del orden de batalla de Yaudar.

EXPLICACION: AA. Artillería. 1, 2, 3. «Escuadrones» de los *andaluces* (compuestos de *arcabuceros* y *lanceros*), *Ala izquierda*, mandada por el Caid Kasen Uardani, El Andalusi, el Renegado. 4, 5, 6. «Escuadrones» de los *renegados* (compuestos de *arcabuceros* y *lanceros*), *Ala derecha*, mandada por el Caid Ba Hasen, El Feriro, El Renegado. 7, 8. *Espais* (*arcabuceros a caballo*), mandados por el Caid Ahmed ben El Hadad El Hamri. 9. *Municiones, impedimenta, bagajes y conductores* no combatientes. 10. *Guardia de Yaudar*. 11. *Batidores-«zapadores»*.

Aunque la evolución tecnológica de los arcabuces, a lo largo del siglo XVI, había sido notable, pensamos que los arcabuces que se utilizaron en la expedición marroquí fueron los de «mecha», por muy diferentes causas, cuya justificación alargaría innecesariamente este trabajo. Era el arcabuz «de mecha», un arma más robusta, sólida, sencilla y barata que el «de rueda», y los más conocidos inconvenientes de la primera, de menor repercusión desfavorable en el desierto y en el Sahel (196), por las circunstancias climáticas y la manera de combatir de los negros sudaneses (197).

Pero sus características técnicas eran modestas, en comparación con los arcabuces «de rueda», según se complacían en poner de relieve los detractores contemporáneos: lentitud en la preparación de cada disparo, por bien instruidos que estuviesen los arcabuceros; poca rapidez de fuego; la constante preocupación que suponía el mantener de manera continua la mecha encendida y preparada, especialmente a caballo; en cada disparo, era necesario soplar la mecha para quitarle la ceniza y estirarla lo suficiente para que alcanzase al cebo de la cazoleta; si se mojaba la mecha, los arcabuceros quedaban prácticamente inermes, a merced del enemigo, etc., etc.

El alcance *eficaz* de los arcabuces de mecha no solía sobrepasar los 50 metros, teniendo en cuenta que eran armas de ánima lisa y velocidad de fuego muy limitada. Durante las dos horas que aproximadamente duró la batalla, puede calcularse que el número máximo de disparos que pudo hacer cada arcabucero no sobrepasaría el de quince (198).

Se piensa que, en el primer encuentro con el enemigo, se efectuaba el fuego por descargas cerradas, al aproximarse aquél a una distancia de unos veinte metros, contribuyendo así el estruendo de las descargas, no sólo a impresionar a los combatientes, sino a espantar el ganado del adversario, en este caso, lo mismo a los cebúes, como a los caballos, contribuyendo así a aumentar el desorden de las filas enemigas, cuya mediocre cohesión era, como nos consta, una de sus características más desfavorables, en contraste con la disposición en «escuadrones», adaptada por la mehalá de Yaudar.

Con respecto a la velocidad de fuego, es notable el contraste entre los arqueros y los arcabuceros, con ventaja para los primeros. Así, por ejemplo, se sabe que en la batalla de Lepanto (1571), los arqueros turcos fueron capaces de disparar una docena de certeras flechas, mientras que los afamados arcabuceros españoles de la época no conseguían cargar su arma más de una vez, en el mismo tiempo. Y es de suponer que, en aquella ocasión, sus arqueros songay no desmerecieran ante los turcos en el manejo de flechas envenenadas.

Hemos, pues, de concluir las precedentes consideraciones afirmando que sin negar la superioridad y la sorpresa que produjo el empleo de las armas de fuego sobre el atemorizado combatiente songhay, cuya bravura era tradicional, lo que fue evidentemente decisivo para el resultado de la batalla, no debemos subestimar el sobrecogedor esfuerzo que hubieron de desarrollar los invasores, reducidos en nú-

mero, en país extraño, alejados de sus bases, sin esperanza de socorro en plazo prudencial, con un clima insano y desconocido, un enemigo numeroso y abigarrado, cuya presentación resultaba impresionante para el combatiente norteño más templado, y con un caudaloso río a la espalda, como última solución, en caso de derrota (199).

Sin la fuerte cohesión de los Armas; su desesperada actitud de vencer o morir, vendiendo cara la posible derrota; sin la energía y serena bravura de Yaudar, jugándose todo a una desesperada carta, con el gran río Níger a la espalda (200), y el enorme ascendiente que, sin duda, ejercía sobre sus tropas, no se hubiera logrado una rápida y decisiva victoria como la de Tondibi, aún sin subestimar el gran impacto que supuso la enorme sorpresa y los grandes efectos de todas clases de las armas de fuego de los invasores. Reconocerlo así, a la distancia de los hechos, con la simpatía que nos merecen vencedores y vencidos, resulta grato, cuando se advierten los resultados que pueden conseguirse, en las más difíciles circunstancias bélicas, cuando el protagonista humano enfrentado con la prueba decisiva, responde sobreponiéndose a las flaquezas inevitables de su propia condición, asombrando a propios y a extraños. Rindamos, pues, nuestro tributo de admiración a aquel puñado de héroes, sin publicidad, sin propaganda, sin medios de comunicación archirrápidos, como son tan usuales ahora, y rindamos respetuoso y comprensivo homenaje a los sorprendidos vencidos.

## N O T A S

(155) *T. F.* trad. franc. de O. HOUDAS y M. DELAFOSSE. París, Adrien-Maison-neuve, 1964, croquis de la p. 363. *Op. cit.*

(156) «La expresión árabe *bilād al-sūdān* significa, en propiedad, «país de los negros». Parecería, pues, que la palabra Sudán debió designar el conjunto de las regiones africanas pobladas por los negros. Sin embargo, tanto entre los árabes como entre los europeos, el uso ha hecho restringir su aplicación a la parte septentrional de estas regiones o, de un modo más general, a la zona del África subsahariana en la que ha penetrado el islamismo. En la práctica, de manera habitual, se divide esta zona en tres fracciones: Sudán occidental, que comprende las cuencas del Senegal, de la Gambia, del alto Volta y del Níger medio; Sudán central, al que comprende la cuenca del lago Chad, y Sudán oriental, al Sudán egipcio, limitado a la cuenca del Nilo...» MAURICE DELAFOSSE, *Sūdān*, en la *Encyclopedie de l'Islam*, IV, pp. 518-521. Además, la palabra «Sudán» tiene localmente diversas acepciones. Por ello, la expresión «Sudán Nigeriano» nos parece sumamente acertada, puesto que aun entre los propios *songoy*, se le solía dar, a veces, el significado de la región correspondiente a la parte oriental del África negra o país del Este del Níger, por oposición a «Tekrur» o Sudán occidental. (Cfr.: *T. F. op. cit.*, p. 262 de la trad. franc., nota 1, de O. HOUDAS y M. DELAFOSSE.)

(157) El antiguo país Songhay o Songoy. «El nombre de Songhay (Songoy) o Songhay se aplicaba probablemente, en el origen, a la porción del valle del Níger comprendida entre el codo de Burem y Say, a la población que habitaba esta región y al Estado constituido por ella. Más tarde, al extenderse este Estado hacia aguas arriba, hasta el lago Debo y, aguas abajo, hasta la extremidad septentrional» «... del Dahomey, la misma denominación se empleó para designar el reino así engrandecido y al conjunto de su población, lo mismo que a la lengua hablada por la mayoría de la misma, lengua de Dyenne [Yenne] (Dienné), de Tombocú, de Gao, del Dendí y del país de los Yerma». MAURICE DELAFOSSE. *Songhay*, en la *Encyclopedie de l'Islam*, IV, pp. 510-511.

(158) Región lacustre, antiguo delta interior nigeriano, lleno de afluentes, lagos, brazos, canales y pantanos, formado por las enormes aportaciones del Níger y de su gran afluente el Bani, en la región del Macina, en medio de un caos de islas que se cubrían por completo en las épocas de crecida. Llamada la Mesopotamia nigeriana, en la que la zona inundada naturalmente, alcanzaba una extensión de más de cuatro millones de hectáreas. Se extiende aguas abajo de Segú, desde la actual Markala (¿Kala?) hasta las proximidades de Timbuctú. (Véanse las notas 149 y 150.)

(159) Según la leyenda, mezclada con la tradición, fue fundada por los tuareg, hacia comienzos del siglo XI, que establecieron allí una factoría comercial, encargando de su gerencia a un negro llamado Ti-n-Butú que dio su nombre al lugar. Muchos comerciantes y letrados vinieron desde Ualata a establecerse en la nueva factoría comercial, junto con gentes de otras procedencias, con lo que la nueva ciudad creció rápidamente. Los naturales la llamaron Tin o Ton Butú y, los árabes, Tonbuktú. El emperador del Malí, Kankan Musa, al regreso de su peregrinación a La Meca (después de su paso por Gao, que le prestó pleito homenaje), se apoderó de Tinbuktú en 1324.

En Europa no fue conocida la existencia de la ciudad hasta *circa* de 1375, gracias al mapamundi catalán. En 1433 los tuareg, a cuyo frente iba el Amenokal Aquil ag Ameluel, se apoderaron de la ciudad, poniendo a su frente a un sanhaya de Xinguete. En esta época, los tuareg Tademekelt no habían aún descendido del Adrar de los Iforas y la región, así como la de Ualata, estaba ocupada por los messufa, a cuya fracción, posiblemente, pertenecía el Amenokal Aquil. En 1469 la ciudad fue conquistada por el Sonni Alí del Songhay, el que, al parecer por su aversión a los

ministros del Islam, autorizó a los portugueses —durante el reinado de D. Juan II de Portugal— a que se establecieran en los oasis del Adrar, entre la costa atlántica y Timbuctú.

Cuando el imperio Songhay adquirió su mayor grandeza y la corte se estableció y se mantuvo en Gao, el askia nombraba un *timbuctú-koi*, como gobernador de la ciudad y su comarca, puesto que era uno de los más importantes del Imperio. Cuando León el Africano visitó Timbuctú, el *timbuctú-koi* era Omar ben Mohammed Naddi, investido para su alto cargo por el askia El Hach Mohammed, en 1493. Entre las prerrogativas del gobernador de Timbuctú, se contaba la de tener derecho al uso de un gran tantám, como símbolo de gran poderío. (Cfr.: HENRI LHOÏE. *op. cit.* nota núm. 63 y FAIDHERBE. «Un vapor francés...», en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, 1887, vol. 22-23, t. XXIII, 2.º semestre, pp. 162 y sigs.)

(160) «... caminando más adelante, vinieron a entrar en unos *grandes bosques* (?) que están junto al río Níger..» «Relación» del anónimo español. *Op. cit.*

(161) Parece que este topónimo —*Guinea*— tiene su origen en la transcripción abreviada que consiguieron los portugueses de uno de los primeros idiomas africanos que, probablemente, conocieron, el de los bereberes magrebíes. En términos estrictos, *Akal n-Iguinauen* tiene idéntico significado que *Bilad as-Sudán* en árabe, es decir, «tierra de los negros». Pero, en la toponimia geográfica moderna se ha restringido la amplitud del contenido geográfico de la expresión originaria, reservándose para designar, hoy día, la mitad meridional selvática del África occidental, y la de *Sudán*, para la sabana de la mitad septentrional, al Sur del Sahara. (Cfr.: ROLAND OLIVER y J. D. FAGUE. *A Short History of Africa*. Penguin Books Ltd. Harmondsworth. Middlesex (Inglaterra), trad. esp.: Madrid. Alianza Editorial, 1972, pp. 302-303, nota 1, del cap. 9.)

(162) Gao. Y también: Kuku (Koukou), Kuga (Kougha), Kau Kau (Kaoukaou), Kaghú, Gagu (Gaghou), Garou, Gaogao, Gago, Googo, Gogo... La ortografía oficial marroquí en el siglo xvi era Kaghou, de la que Gago representa la pronunciación exacta —que es como la transcribe frecuentemente la documentación española de la época— y como se representa en la mayor parte de los demás documentos europeos. El nombre nativo de la ciudad es Gaogao; los autores árabes de los siglos x al xiv escribieron Kuku y Kankan.

En las proximidades de la capital se han encontrado yacimientos arqueológicos sumamente interesantes, entre ellos los que denuncian influencias hispanomusulmanas de *circa* del siglo xii, con mármoles procedentes de Almería.

Hacia el siglo xi, Gao se había ya convertido en la capital del imperio del Songoy, al trasladarla los soberanos desde la vieja capital, la anterior, de Kuku, situada aguas abajo del Níger. Gao dista de Timbuctú unos 450 km.

(163) E. W. BOVILL: «The Niger and the Songhay Empire», en *Journal of the African Society*. Londres, XXV, 1925, pp. 138 y sigs., como ha hecho notar justamente el Prof. ROMAIN RAINERO. «La Bataille de Tondibi (1951) et la conquête marocaine de l'Empire Songhay», en *Genève-Afrique*, vol. V, núm. 2, 1966, p. 221, nota 12.

(164) El *balama* Mohammed Gao, hermano del askia Isaac, fue primeramente, *marenja*; luego, fue promovido por su hermano a la dignidad de balama, llegando, por último, a la de *askia*, aunque por poco tiempo. El título de *balama* equivalía a algo semejante a intendente general del reino, en lengua mandinga. (Cfr.: T. F. *op. cit.*, p. 118, nota 4 de la trad. franc. a la que, siempre, nos referimos.)

(165) *Sao-farma*, en songhay, «ministro forestal». (Cfr.: T. F. *op. cit.*, p. 141, nota 5 de la trad. franc.)

(166) *Goima-koi*, en lengua songhay, «jefe de los obreros», algo así como oficial de construcción, encargado de las obras públicas o, quizá, jefe del puerto de Goima. (Cfr.: T. F., p. 270, nota 1 de la trad. franc.)

(167) *Kanta*. Un tipo o modelo de las grandes barcas comerciales que se empleaban en el Níger, en la época. (Cfr.: *T. F.*, p. 270, nota 2 de la trad. franc.)

(168) Las palabras de origen árabe empleadas por los cronistas son transcritas por los traductores críticos en una gama muy variada: *rumí, remá, ramí, rumá, arma, arama...*, y su significación equivalente a la de cristianos, renegados, mercenarios del sur de Europa, o a la de tiradores (o lanzadores de proyectiles) diestros y escogidos. Hay autores que estiman que el término *arma* (que es el que, en definitiva, ha prevalecido con mayor extensión, y no sólo para designar a los «diestros tiradores o lanzadores de Yaudar», sino también a sus sucesores y descendientes), sería una corrupción o deformación de la palabra árabe original.

Sin poner en duda la precedente opinión, existe la posibilidad de otro origen distinto: recordemos que la mayor parte de los invasores no dominaban el árabe y se expresaban en español, incluso para dar las voces de mando (véase la nota n.º 19 de la primera parte de este trabajo), según se comprueba en las crónicas escritas en árabe, tantas veces citadas. Un antiguo grito de guerra español era: ¡*Arma! ¡Arma! ¡Al arma!* y también: ¡*Arma, arma, Santiago y cierra España!*, empleados para exaltar el valor de los combatientes, tanto en los momentos iniciales de los combates, como en los momentos más críticos. Cuando los campamentos se veían atacados y sorprendidos, especialmente de noche, los escuchas alertaban para rechazar a los atacantes, con el grito de ¡*arma! ¡arma!* Sabemos que las fuerzas de Yaudar fueron atacadas en varias ocasiones de noche, durante la marcha por la orilla izquierda del río, y en tales ocasiones, los escuchas alertaban a los sorprendidos o atacados tiradores selectos, que respondían disparando algunos arcabuzazos. Es decir, que los atacantes escuchaban sucesivamente el tradicional grito de guerra, ¡*arma! ¡arma!* y, a continuación, los disparos de los arcabuceros, por lo que no es difícil concebir que identificasen los gritos que escuchaban, con los disparos que recibían y los soldados que disponían de tales *armas*.

Puesto que la denominación de «*Los Armas*» se generalizó a partir de la batalla de Tondibi, preferimos llamar así a los soldados de Yaudar, en lugar de andaluces, renegados, mercenarios, aventureros del sur de Europa, tiradores selectos, etcétera, que nos parecen menos generales y exactas apelaciones.

Por cierto que, en Marruecos, existe una cofradía sumamente interesante: *Remaía* o de los tiradores diestros, fundada por el más hábil de los arqueros, Si Saad ben Abi Uakkás, uno de los ocho primeros compañeros del Profeta. En Marruecos, la cofradía fue reorganizada por Sidi Ali ben Mohammed ben Nasar, convirtiéndola en la fuente de los *tarramit* o acróbatas marroquíes, famosos en todo el mundo. Se titulan los «Ulad Sidi Ahmed u Musa» y practican, además de las reglas religiosas que les son propias, el tiro y la acrobacia. La «*kubba*» que ampara la tumba del gran morabito en el valle del Taserualt, donde es fácil apreciar influencias sudanesas, en los lugares donde se celebran los famosos «*muggar*», a los que aflúan las caravanas cargadas de «*tibar*», marfil, plumas de avestruz, tejidos azules —«*junt*»— y, sobre todo, esclavos y algalia, que se quedaban admiradas viendo y escuchando —acompañadas por sus flautas y tamboriles— a los jóvenes acróbatas «*achelis*» que, por el ancho mundo, al mismo tiempo que muestran sus habilidades circenses, pregonan y extienden por doquier la fama de las virtudes, la pobreza y la humildad, de su santo patrón Sidi Ahmed u Musa. (Cfr.: Teniente Coronel DOMENECH LAFUENTE. «Del Marruecos Presahariano», en *Africa*, 3.ª época, núm. 73, enero, 1948, pp. 2-6).

(169) *Tondibi* —«la piedra negra»—, era en la época de los askia un sitio real. Hay varios testimonios que lo confirman. Así la *T. S.*, *op. cit.*, p. 183, explica cómo el askia Daud murió en su hacienda de Tondibi en 1582, en la que había vivido con su familia los últimos años de su vida. Cuando Mohammed Bani se sublevó contra su hermano el askia El Hach, entonces reinante, y lo destronó (10 de enero de 1587), lo envió desterrado a Tondibi. (El propio Bani murió también en las proximidades de Tondibi el 10 de abril de 1588) (Cfr.: *T. F.*, *op. cit.*, p. 230.) En las proximidades de Tondibi tuvo lugar la batalla decisiva entre las fuerzas de Yaudar y las del Songoy que habían emprendido la marcha desde Gao, muy animadas, al

parecer, con el fin de hacer frente a los invasores. La *T. S.*, *op. cit.*, dice que el encuentro tuvo lugar en «un sitio llamado Tenkondibo'o, cerca de Tonbodi (p. 219). La *T. F.*, *op. cit.*, p. 263, explica que el encuentro se desarrolló «en un lugar llamado Sonkia y situado cerca de Tondibi». «Este lugar es muy conocido», añade.

(170) La fecha de la acción es dudosa, a causa de: la falta de coincidencia entre los testimonios que nos han llegado; la confusión acerca de los meses de yumada —I o II—; la imposibilidad de que en la corte de Marraquech se hubiese sabido la noticia en una fecha dada, como consta, si la batalla se hubiese dado en abril, en lugar de marzo, etc. Y ha sido el eminente Prof. TH. MONOD: «A propos d'un document concernant la conquête de Soudan par le Pacha Djouder (1591)», en el *Bulletin des seances de l'Académie Royale des Sciences d'Outre-Mer*, 1964, núm. 4, pp. 770-791, y más concretamente en las págs. 779-780, nota 8, que reproducimos casi textualmente, quien ha puesto definitivamente la cuestión en claro. «Así encontramos efectivamente —continúa el Prof. Th. Monod— 16 yumada I (12 de marzo de 1591) (Nozhet Elhâdi, trad. Houdas, 1889, p. 165, T. F., p. 271 y el texto BRUSSONNET); 18 yumada [sin núm., probablemente I] (14 de marzo) (BARTH, IV, p. 649); 17 yumada II (12 de abril) (T. S., p. 219); El «II» de yumada de la T. S. parece poco seguro y además, como se ha hecho constar acertadamente, «un acontecimiento que se desarrolló en el Sudán en esta última fecha [12 de abril] no se habría podido conocer en Marraquech el 24 de abril». (*Sources Inéd. Hist. Maroc, 1.ª serie, Anglaterra*, II, 1925, p. 66, nota 2). En realidad, la fecha parece que debe situarse entre los días 16, 17 y 18 del mes de yumada I (12 al 14 de marzo de 1591)».

(171) *Relación de la jornada que el Rey de Marruecos ha hecho a la conquista del reyno de Gago, primero de la Guínea hacia la parte de la provincia de Quitehoq, y lo que ha sucedido en ella hasta agora. Op. cit.*

(172) Sabemos por la «Relación» española que Yaudar desplegó sus fuerzas en seis escuadrones. «Escuadrón» en la terminología de la época era una fracción de las fuerzas, dispuestas en filas, distribuidas siguiendo las normas de la táctica del siglo. Para un conocido escritor militar (FRANCISCO DE VALDÉS. *Espejo y disciplina militar*. Madrid, Atlas, 1944 (reimp.), p. 35), en la táctica del siglo XVI, el escuadrón era «una congregación de soldados ordenadamente puesta, por la cual se pretende dar a cada uno tal lugar que, sin impedimento de otro, pueda pelear y unir la fuerza de todos juntos, de tal manera que se consiga el principal intento y fin, que es hacerlos invencibles». El escuadrón podía ser muy variado («cuadrado», «de gente», o «de terreno»; «de gran frente», «de media luna», etc.). «En Berbería o en otra parte donde el enemigo tenga golpe de caballería para nos poder acometer y nosotros careciésemos della, sería necesario usar del «cuadro de terreno» o «de gente» presupuesto que el sitio le sufra, porque siendo acometido el escuadrón por todas cuatro partes, halle igual resistencia...» (FRANCISCO DE VALDÉS. *Op. cit.*, p. 38).

Cuando los songhay lanzaron por delante a los alocados cebúes Yaudar «Viéndolo venir [al ganado], concertadamente hizo abrir los escuadrones, y pasó el ganado por medio sin hacer daño...» («Relación») «y comenzóse la batalla...»

(173) Laterita. Tierra que recubre los suelos como una costra y que se presenta en grandes extensiones del Sahel y de otras regiones africanas, de color rojo negruzco, a causa de su constitución ferruginosa, de estructura compacta e impermeable, impropia, por tanto, para el desarrollo de la vegetación en los suelos que recubre. (Cfr.: E. F. GAUTIER. *L'Afrique Noire Occidentale*, París, Larose, 1943, cap. IV.)

(174) Una disposición de combate desesperada, duramente criticada por los tratadistas militares más conocidos de la época. «Algunos Generales, reconociendo la superioridad del poder contrario, desesperados totalmente de la victoria, meten el ejército en la última desesperación, como haciendo espaldas en algún río o mar... Estas tales resoluciones el suceso las puede hacer felices, pero no dignas; antes es delito contra la constancia... Y aunque la desesperación algunas veces salve de grandes peligros... pues habiendo de darla [la batalla] es fuerza que sea con tan duro gravamen como pelear desesperado.» FRANCISCO MANUEL DE MELO. *Política*



*Militar en Avisos de Generales*, Madrid, 1638, reimp.: Madrid, Atlas, 1944, pp. 156, 157. (Uno de los contados escritores portugueses juzgado clásico en portugués y en castellano, autoridad en materia de lenguaje, así considerado desde 1729 por la Real Academia Española y por Menéndez Pelayo «... el hombre de más ingenio que produjo la Península en el siglo XVII, a excepción de Quevedo», y que tuvo como modelos literarios a Camoens y a Sá de Miranda.)

(175) Tosaya (Tosaye). Estrecha falla geológica, a través de la cual el brazo oriental del río Níger «captura» al brazo occidental. La parte del curso del gran río, más interesante desde el punto de vista de la geografía histórica y las leyendas de la mitología ribereña. Desfiladero de negras piedras por el que corren las aguas durante el curso más septentrional de todo el río que se desliza entonces por pleno desierto, sin ser tragado por él, a causa, indudablemente, de su brusco cambio de dirección, que sigue entonces el antiguo valle del Tilemsi, donde se produce la segunda «captura» del Níger. Luego de atravesar el desfiladero de Tosaya y del brusco cambio de la dirección del curso, el cauce del río se ensancha nuevamente y el curso se vuelve más rápido y vivo.

(176) EL UFRANI (AL UFRANI, EL IFRANI, AL IFRANI, EL OUFRAANI) o ABU ABD ALAH MOHAMMED B. MOHAMMED EL UFRANI ES SEGUIR. *Nozhat el-hadi bi-akjbar mohuk el-garu el-hadi; Historia de la dinastía saadí de Marruecos. La distracción del camellero*. Trad. O. HOUDAS, París, Leroux, 1889. Para LEVI-PROVENÇAL, *passim*, es el principal historiador de la dinastía saadí, nacido en Marraquech, hacia 1080/1670, muerto hacia 1151/1738. Autor también de un diccionario biográfico que continúa el de IBN ASKAR: *Safwat man intachar min ajbar solaha el-garu el-hadi achar*, litografiado, también en Fez, s. f.

(177) «Los cronistas sudaneses». Son, esencialmente, los autores de las tres crónicas más utilizadas, redactadas originariamente en árabe, más citadas a lo largo de este estudio: *Tarij El Fetiach* o *Crónica del Investigador para facilitar la historia de las ciudades, los ejércitos y los principales personajes del Tekehrur*, escrita básicamente entre 1520 y 1599 por MAHAMUD KATI BEN EL HACH EL MOTAUAKEL KÂTI, letrado negro de Timbuctú, testigo de la invasión de «los Armas». Un nieto del Kâti completó la obra de su abuelo hacia 1600, y hacia 1660 aportó determinadas precisiones, un escritor anónimo, de suma utilidad. O. HOUDAS y M. DELAFOSSE tradujeron, anotaron y publicaron su traducción francesa. París, Leroux, 1913 y, recientemente, en 1964, se ha publicado una reproducción fotográfica de la edición original, de 1913-1914, bajo los auspicios de la UNESCO; la otra crónica sudanesa que queremos recordar es la *Tarij Es Sudán*, redactada por ABDERRAHMAN BEN ABDALAH BEN 'IMRAN BEN 'AMIR ES SA'DI, traducida al francés por O. HOUDAS, reeditada en 1964, bajo los auspicios de la UNESCO. El autor (natural de Timbuctú, vivió a principios del siglo XVII y dedica la mayor parte de su crónica a la conquista y la ocupación marroquí de la región de las riberas del curso medio del Níger y en la parte más septentrional del recodo del río, según nos advierte el traductor en el prólogo de esta publicación), que hace gala de su patriotismo y se muestra opuesto a la ocupación de su país de manera muy discreta, haciendo, no obstante, gala de cierta objetividad. La última fuente sudanesa que queremos recordar es la *Tedzkiret En Nisian fi Ajbar Mohuk Es Sudán* que es, en realidad, un diccionario biográfico de los bachas de Timbuctú, desde 1590 hasta 1750, manteniéndose su autor en el anonimato. El traductor al francés es también el Prof. O. HOUDAS, y está publicada por reproducción fotográfica en 1966, de la edición original de 1913-1914, y como las anteriores, por la editorial Adrien-Misonneuve de París. El autor debió de nacer entre el 18 de junio y el 18 de julio de 1700, según el traductor y prologuista. La obra debió de ser terminada hacia 1751. Desde 1716 los datos de los biografiados son, generalmente, más concretos que los anteriores, reproduciendo textualmente los que figuran en la *Tarij es Sudan*.

(178) Los europeos adoptan formas muy variadas, que van desde las «Relaciones» y los «Relatos» a las «Cartas» informativas, más o menos comerciales. Resumir

indizadas estas preciosas fuentes de investigación, excedería ahora nuestras posibilidades, bastando señalar la competencia mercantil y política que se refleja en todo tipo de correspondencia privada.

(179) J. BERAUD-VILLARS. *L'Empire de Gao. Un État Soudanais aux XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles*, París, Plon, 1942, p. 140. Además utilizamos ampliamente el capítulo IV, en el que describe, a nuestro parecer, de manera sumamente realista y viva el desarrollo de la batalla.

(180) Disposición predominantemente defensiva, mediante la cual la infantería resistía a la caballería, aunque en la época de la batalla se llamó también escuadrón, al que ya nos hemos referido en una nota anterior.

(181) Son varios los testimonios que relatan el empleo de la artillería al comienzo de la batalla: La *Carta de Muley Ahmed Al Mansur a los Xerifes, a los juriconsultos y a todos los notables de Fez*; el *Documento Brussonet*, etc., lo relatan claramente según aclaramos en las notas siguientes.

(182) La *Carta de Al Mansur...* fue publicada, junto a su traducción francesa, por H. DE CASTRIES, en «Hesperis», t. III, 1923, a continuación del estudio titulado: *La Conquista del Sudán por Al-Mansur (1591)*. La fecha de la carta (1 de junio de 1591), coincide con la misma de la llegada a Marraquech del primer correo enviado por el Bacha Yaudar, anunciando el éxito de la expedición.

(183) El *Documento Brussonet*, presentado y analizado por TH. MONOD, con el título *A propos d'un document concernant la conquête du Soudan par le Pacha Djouder (1591)*, en *Bulletin des séances de l'Académie Royale des Sciences d'Outre-Mer*, 1964, núm. 4, pp. 770-791 (V. nota 170), que lo encontró en los fondos ADANSON de la Hunt Botanical Library de Pittsburg (EE. UU.). El eminente Profesor TH. MONOD prueba, sin lugar a dudas, el estrecho parentesco existente entre el *Documento...* y el *Nozhet-Elhâdi* historia de la dinastía saadí de Marruecos por AL UFRANI, *Op. cit.* El *Documento...* encontrado y publicado es solamente el texto francés de BROUSSONET, pues el texto árabe que él tradujo se ha perdido. El Prof. MONOD plantea una cuestión (nota 10 de la p. 791), cuyo interés es muy grande, toda vez que replantea el estudio de la expedición al Sudán, desde nuevos supuestos, difíciles de esclarecer por ahora: «Est-il bien certain que le célèbre décompte des effectifs et du matériel de la p. 287 concerne bien l'expédition DJOUDER? On lit, en effet, p. 287, avant la liste «Relación de la jornada que el Xarife manda hazer al Xingete, provincia de Guinea para Poniente, y la ciudad de Gago, que dizen estar de Marruecos ochenta o noventa jornadas, en que hay algunos desiertos de arena sin agua alguna». Il est en tous les cas singulier de voir mentionnés à la fois Chingueti et Gao... Y aurait-il eu deux expéditions dans deux directions différentes? Le texte du *Libro del conocimiento...* se trouve inséré dans un manuscrit intitulé: «Tomó sexto de las cosas manuscritas diuersas que de sus papeles mandó recopilar en este libro el Ilmo. Rmo. Sr. Carl. D. R. R.<sup>o</sup> de Castro, arcobispo de Sevilla, su letrado de Cámara. Año 1595» (Acad. de la Hist., *Libros de Jesuítas*, núm. 452, est. 12, gr. 8.<sup>a</sup>) (CASTRIES, 1924, p. 434)». Como se comprenderá, la cuestión que plantea el Prof. MONOD es apasionante y si se dilucidase habría que replantear de nuevo todos los supuestos que, hasta hoy, sostienen los estudios sobre la expedición militar al Sudán.

(184) *Relación o relaciones del anónimo español*, repetidamente citadas a lo largo de este estudio, probablemente redactadas por BALTASAR POLO, agente de Felipe II en la Corte del Sultán de Marraquech. (V. notas 5 y 117, entre otras.)

(185) DIEGO UFANO. *Tratado de la Artillería Yuso Della Platicado por el Capitán...* En Brvsselas. En Casa de Ivan Momarte. Impresor Ivrado. Año del Señor, 1613.

(186) Ciudades sudanesas. Sabemos que estaban edificadas (aparte las chozas, siempre numerosas) de piedra o de tierra, careciendo de murallas.

(187) «Duró esta batalla dos horas, al cabo de las cuales murieron muchos y particularmente de aquellos que tenían la pierna atada, que por no poder huir, quasi todos ellos fueron degollados». *Relación del Anónimo español, op. cit.*

(188) El «ala de los Renegados», desplegada a vanguardia, a la derecha, mandada, con la categoría semejante a la de Teniente General, por el renegado Ba Hasen Friro (v. T. S., cap. XXI), que llevaba como lugarteniente —«cahaya»— al renegado griego Azán Ferrer (v. *Relación del Anónimo español, passim*).

(189) Ba Hasen Friro resulta ser un personaje muy distinguido por el Sultán de Marruecos, según se deduce de la T. S., *op. cit.*, cap. XXI. «Venida del bacha Yaudar al Sudán», cuando relata el hecho siguiente: «El ejército no pasó por la ciudad de Arauan, sino al este de esta localidad. En este camino encontró los camellos de Abdalaha ben Chain El Mahmudi; Yaudar tomó la cantidad que necesitaba de estos camellos, luego Abdalah marchó enseguida a Marruecos y se dirigió a Marraquech, al Sultán, al que se quejó de la iniquidad de que había sido víctima. Este fue el primero que anunció la llegada del ejército marroquí a la orilla del Níger. La primera persona de quien el Príncipe pidió noticias fue de Ba Hasen. «Ba Hasen, respondió él, está bien de salud». Enseguida el Príncipe se informó acerca del caid Ahmed ben El Haddad y del Bacha Yauder...» *Feriro, Ferid o Feriboro*, según las diversas fuentes.

(190) Cahaya. Su equivalencia la da claramente la *Relación española*. «... que es tanto como lugarteniente de alcaide dellos...» Por su parte, O. HOUDAS y M. DELAFOSSE, en su traducción al francés de la T. F., *op. cit. passim*, dicen en la nota 2 de la p. 173: «*Kâhia* es un título que se da a determinados oficiales marroquíes: podría traducirsele por «teniente general». Esta misma acepción, la repiten en la nota 5 de la p. 263, en la que remiten a la nota 2 de la p. 173. En la p. 238, nota 3, refiriéndose a una frase del texto: «... qu'il fallait convoquer les *kâhia* et les *bâchoûta*», se dice: «Oficiales subordinados al bacha, "vicebachas"». Por último, en la p. 309, explica las preeminencias correspondientes a los altos cargos citados: «... trouva le pacha tenant audience souveraine, entouré d'une cour et flanqué de ses *kâhia*, tandis que ses *bâchoûta* se tenaient debout en arrière des caïds et des *kâhia*».

(191) Espahis de Yaudar. Soldados de caballería del Renegado, al servicio del Sultán de Marruecos, en la expedición al Sudán.

(192) Personajes del séquito del askia: Bokar Lanbaro, secretario de los askia, personaje vidrioso, de gran influencia, denominado *askia alfa* («sabio del askia», en lengua songay, equivalente a secretario real) al que la T. F. atribuye, describiendo prolijamente la escena, que consiguiese convencer al askia para que abandonase el campo de batalla, lo que influyó decisivamente en la suerte de la misma; este mismo personaje continuó intrigando posteriormente en la corte en momentos decisivos, siempre con sombríos presagios y resultados; otro personaje, Uld Baua, aparece como ángel tutelar, oponiéndose a la influencia de Bokar, que más adelante se mantuvo como de uno de los pocos leales al askia; Mohammed Gao, hijo del askia Daud; Omar, hijo del askia Isaac; Alú, *gorcifarma* («maestre de campo o apotentador»); Tabakali, *bareí koi* (jefe de protocolo) y otros varios más son citados por su valeroso comportamiento durante la batalla, especialmente cubriendo la retirada.

(193) Conf.: T. F., *op. cit. passim*, p. 263.

(194) Conf.: T. S., *op. cit. passim*, p. 220.

(195) AL UFRANI, *op. cit.*, trad. O. HOUDAS, p. 165.

(196) Clima seco, que favorece el empleo de la mechá y más en el Sahel, quizá, donde los vientos no son tan fuertes, generalmente, como en el desnudo Sahara.

- (197) Como una marea ondulante, la inf.<sup>a</sup>. Por cargas sucesivas, la caballería.
- (198) Por comparación con otras batallas del siglo xvi, de las que nos han llegado datos concretos sobre este aspecto: así, en la batalla de Pavía (1535), hubo soldados que dispararon hasta diez tiros durante la batalla, con sus arcabuces «de mecha»; en la de Lepanto, la velocidad práctica de fuego se cuadruplicó (1571), habiendo algún arcabucero que descargó cuarenta veces su arcabuz.
- (199) Esta disposición permitía evitar el envolvimiento por retaguardia, por parte, sobre todo, de la caballería enemiga.
- (200) Peligrosa situación que merecería sin duda, excepcionalmente, una sanción aprobatoria por parte de D. FRANCISCO MANUEL DE MELO, *op. cit.*, nota 174.